CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **60**
Exhibición Nº **7704**

Cine **Belgrano Multiplex**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, martes 23 de abril de 2013

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

EL NOMBRE

(*Le prenom,* Francia / Bélgica - 2012)

Dirección: ALEXANDRE DE LA PATELLIÈRE, MATTHIEU DELAPORTE. *Guión:* Alexandre de La Patellière, Matthieu Delaporte. *Dirección de fotografía:* David Ungaro. *Diseño del film*: Marie Cheminal. *Música original*: Jérôme Rebotier. *Montaje*: Célia Lafitedupont. *Diseño de sonido*: Patrick Ghislain. *Vestuario*: Anne Schotte. *Elenco*: Patrick Bruel (Vincent),Valérie Benguigui (Élisabeth), Charles Berling (Pierre), Guillaume de Tonquedec (Claude), Judith El Zein (Anna), Françoise Fabian (Françoise), Yaniss Lespert, Miren Pradier, Alexis Leprise (Apollin), Juliette Levant (Myrtille), Bernard Murat (el obstetra). *Producción:* Jeremy Burdek, Alexandre de La Patellière, Serge de Poucques, Matthieu Delaporte, Florian Genetet-Morel, Nadia Khamlichi, Romain Le Grand, Bernard Murat, Adrian Politowski, Dimitri Rassam, Jérôme Seydoux, Aton Soumache, Alexis Vonarb, Gilles Waterkeyn, Andrée Zana Murat. *Productoras*: Chapter 2, Pathé, TF1 Films Production, M6 Films, Fargo Films, Nexus Factory, Canal+, Ciné+, TF1, M6, uFilm, uFund, Le Tax Shelter du Gouvernement Fédéral de Belgique. *Duración*: 109'.

Este film se exhibe por gentileza de Impacto Cine

El Film

Vincent, cuarentón y triunfador, va a ser padre por primera vez. Invitado a cenar a la casa de Élisabeth y Pierre, su hermana y su marido, se encuentra con Claude, un amigo de la infancia. Mientras Vincent espera a Anna, su joven esposa, los demás le hacen preguntas sobre su próxima paternidad. Pero cuando le preguntan si ya ha elegido un nombre para el niño, su respuesta sume a la familia en un caos.

¿Adaptar una obra de teatro al cine es para ustedes una manera de dejar una huella y de tocar un público más amplio?

MD: Si, hay algo como un cuento de hadas en esa historia. Con Alexandre, escribimos esa pieza de teatro para nosotros y tuvimos ganas de ir más lejos. Se representó en Paris. Fue increíble, y no teníamos ganas de que se terminara, más bien de añadir cosas. Y también, hay algo frustrante porque teníamos familia y gente en provincia que querían ver la obra y no podían porque estaba todo lleno. Entonces, estamos felices poder ofrecerla hoy al cine y estamos impacientes por meternos en las salas de cine para ver las reacciones.

En cuanto a su película, ¿cómo se les ocurrió el tema de los nombres?

MD: La historia de la película se inspira mucho de la experiencia personal y la película está dedicada a nuestros hijos y a los que nos hicieron comentarios cuando nacieron, porque sin ellos, la película no existiría.

AP: En efecto, vivimos el hecho de que cuando anunciamos el nombre de un niño que está por nacer, eso engendra en la gente algo y todo el mundo tiene una opinión, lo cual es normal! Muchas veces hasta la gente que no se mete en la vida de los demás se permite hacer comentarios.

MD: El nombre el algo muy íntimo, elegir el nombre de su hijo es una decisión entre un hombre y una mujer. Muchas veces, se lo da por razones íntimas, familiares, referencias a gente que conocimos, héroes de novelas… Y cuando lo elegimos, eso se vuelve la vidriera de ese niño. Es una puerta de entrada increíble hacia lo íntimo y la familia.

El rodaje duro diez semanas, ¿no fue aburrido rodar siempre en el mismo lugar, el mismo decorado?
MD: Mucha gente nos dijo que iba a ser un infierno, encerrados durante diez semanas. Un equipo de cine son cincuenta personas. Estábamos en un departamento de 200m², bajo proyectores durante todo el día con 35°C.
AP: Queríamos quedarnos en un estudio ya que pensábamos que la película tenía que funcionar como una obra de teatro, es decir en tiempo real.
MD: Muchas veces los autores tienen miedo y añaden elementos, flashbacks, artificios. A mí me parece que retarda el relato porque en el fondo, lo que interesa, y lo que importa en una película es lo que tenemos ganas de saber, y lo que va a pasar, lo que va a contestar un personaje.

(Sinopsis y entrevista extraída del pressbook del film)

El sistema de producción del cine francés parece una máquina bien engrasada, goza de buena salud y del favor de un público mayoritariamente adulto –entre los 30 y los 60 años, como los protagonistas de muchas de sus historias– que demanda historias revitalizantes que hablen con soltura –y en ocasiones a pesar del plomo– de las relaciones de pareja, de la amistad, de la depresión, de la alegría, del llanto colectivo, de la expiación grupal o del silencio encerrado en una novela romántica. Son influencias culturales que se filtran y se adhieren al código genético de su narrativa audiovisual. Siempre la distinción, cierto pedigrí, a veces un sencillo eco de la célebre *Nouvelle vague*.
El nombre (Le prénom, 2012), dirigida a dúo por Matthieu Delaporte y Alexandre de La Patelliére, es una película cuyo título describe el conflicto de la trama, precisamente un nombre propio que desencadenará una lluvia de malentendidos y enredos sin final aparente. Un grupo de amigos –un matrimonio estable, una pareja de novios que esperan su primer bebé y un amigo de toda la vida– se reúnen para cenar y celebrar el embarazo y charlar y reír como lo hacen habitualmente. Pero el futuro padre descoloca a todos los asistentes al anunciar el nombre que le pondrán al niño: Adolphe, pronunciado Adolf. Como Adolf Hitler. Y eso enerva a los asistentes, que intentan que cambie de opinión.
Rápidamente piensas en **La cena de los tontos** o en la no tan lejana **Un dios salvaje**, que adaptaba una obra de teatro –escrita por Yasmina Reza– acerca de dos matrimonios que se citaban intramuros (concretamente en la casa de la supuesta víctima) para resolver la violenta disputa entre sus dos hijos. Aquí no hay más decorado que un salón y un comedor, pues el libreto se apoya en la efectividad de unos diálogos eléctricos y cargados de (in)directas. Humor traumado que se traduce en catarsis: la broma sobre la apología del nazismo y el estigma que podría arrastrar esa vida en gestación, desemboca en una cura no ya de humildad, sino de verdades que duelen. El guión –firmado también por la pareja de realizadores– hilvana eficazmente acontecimientos dramáticos y cómicos, situando a los personajes en la cuerda floja. **El nombre** te despereza, te golpea despacio y finalmente desnuda nuestras miserias frente al palco central. Ni siquiera se esfuerza en transmitir esa especie de catecismo pedante que sobrevuela muchos filmes hoy día. Es amarga, cruel, mordaz, con un sustrato pesimista que no flaquea ante las risotadas de Charles Berling, Patrick Bruel y Guillaume de Tonquédec, un Jack Lemmon con trombón.

(Juan José Ontiveros, extraído de http://www.elantepenultimomohicano.com/)

La comedia **El nombre** se sustenta en la labor de un inspirado reparto reducido a apenas cinco actores: en primer lugar, Charles Berling (en uno de esos papeles que habría bordado el cómico francés “*par excellence*”, el inmortal Louis de Funès) y Valérie Benguigui, los cuales interpretan a Pierre y Élisabeth, un matrimonio de clase media en cuyo hogar (o salón, más bien) se desencadenarán todos los acontecimientos de la historia. Ella es una frustrada profesora de lengua francesa en un instituto, mientras que él es un pedante y algo “cultureta” profesor de literatura en la universidad. Ambos se quieren con locura, y fruto de ese amor surgieron dos hijos, Apollin (Alexis Leprise) y Myrtille (Juliette Levant), la cual ya apunta maneras, como se puede apreciar en aquella escueta aunque sesuda conversación mantenida con el padre, al principio de la película, en relación al personaje principal de la obra Madame Bovary de Gustave Flaubert.
Lo que empieza (y tendría que haber sido hasta el final, de hecho) como una amigable y cordial cena de celebración entre amigos deviene una nada soterrada batalla campal en donde sus protagonistas acabarán exponiendo los trapos sucios de los demás, exteriorizando sus frustraciones y todos aquellos rencores nunca confesados y que hasta el momento habían permanecido ocultos, latentes. Por supuesto la labor de los actores, todos ellos magníficos en sus respectivos roles (pese a cierta propensión al histrionismo en el caso de Charles Berling), es crucial para que la propuesta funcione y los personajes resulten creíbles sin caer en la fácil caricatura. El detonante de esta aciaga catarsis emocional, paradójicamente, no es sino una, supuestamente, “inocente” broma de Vincent a sus anfitriones en relación al nombre pensado para su bebé, “Adolphe”, inspirado, supuestamente, por el nombre del protagonista de ese clásico homónimo del Romanticismo francés escrito por Benjamin Constant a principios del siglo XIX. Sin embargo, su similitud fonética con el nombre de cierto dictador y canciller alemán de principios del siglo XX suscita una reacción airada y enervada por parte de Pierre, el cual intenta hacer entrar en razón a Vincent sobre lo desafortunado de

semejante elección en una surrealista discusión que va poco a poco cobrando una absurda y “esperpéntica” intensidad.
En ese sentido **El nombre** no es una comedia como puedan serlo las también excelentes **La Cena de los tontos** (1998), **Bienvenidos al Norte** (2008), o **Intocable** (2011) y quien espere encontrarse una película con la que echarse unas buenas risas desde el principio hasta el final de su metraje puede llevarse una pequeña (o gran) decepción. Por supuesto, por mucho que se descontrole la situación, pasada la tormenta llega la calma, y es en ese momento, a raíz de una inesperada revelación final que podría haber evitado todo aquel conflicto, cuando el mensaje de la película se hace aún más evidente para el espectador: hay pocas cosas que sean tan importantes como para que nos las tomemos tan en serio. En estos casos, el antídoto más eficaz ante tanta estulticia no es sino aprender a no tomarnos demasiado en serio a nosotros mismos.
(Luis Rodríguez, extraído de www.cinemaseries.es)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas